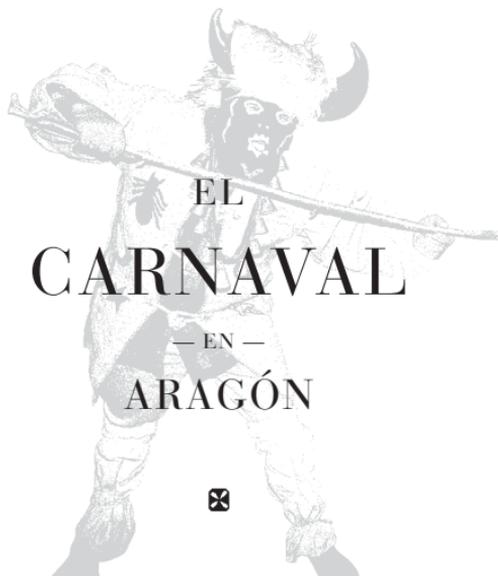




Equipo de redacción



Equipo 

*Dirección:*

Guillermo Fatás y Manuel Silva

*Coordinación:*

M<sup>a</sup> Sancho Menjón

*Redacción:*

Álvaro Capalvo, M<sup>a</sup> Sancho Menjón, Ricardo Centellas  
José Francisco Ruiz

Publicación nº 80-52 de la  
Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón

Texto: José Francisco Ruiz Pérez

Ilustraciones: J. A. Hernández, J. Rubio, J. Lou, J. Rayado, J. Fco. Ruiz,  
J. Alarcón, Hemeroteca de Zaragoza y Archivo *Heraldo de Aragón*

Dibujos: Pilar Navarro

I.S.B.N.: 84-95306-30-1

Depósito Legal: Z. 315-00

Diseño: VERSUS Estudio Gráfico

Impresión: Edelvives Talleres Gráficos

Certificados ISO 9002



# ÍNDICE



Introducción	5
¿QUÉ ES EL CARNAVAL?	7
El origen de su nombre	9
BUCEANDO EN LA HISTORIA	11
Las fiestas “carnavalescas” precristianas	12
La cristianización del calendario festivo y la evolución del Carnaval	18
SE BARRUNTA CARNAVAL. LAS FESTIVIDADES DE INVIERNO	23
San Antón	24
Otras celebraciones	29
EL CARNAVAL TRADICIONAL EN ARAGÓN	39
Recolecta, excesos y diversión	39
El mundo al revés: inversión de papeles y anonimato	46
La renovación de la naturaleza	59
La purificación colectiva	65
El Carnaval urbano	73
EL CARNAVAL EN ARAGÓN HOY	87
Bibliografía	93

«El hombre es el único ser viviente que ríe»

ARISTÓTELES, *Sobre el alma*

## INTRODUCCIÓN



Los rayos de sol calientan cada vez más y los días se van alargando. El campo comienza a verdear y hay algo en el ambiente que invita a sonreír y permite intuir que pronto todo va a cambiar. Se acerca la primavera y con ella... el Carnaval.

Durante centurias, la “fiesta de las fiestas”, como la ha denominado la antropóloga Josefina Roma, ha supuesto en buena parte de Occidente el momento culminante del calendario festivo. Aunque toda celebración implica, en mayor o menor grado, una quiebra temporal de la rutina, con los festejos carnavalescos la ruptura con el mundo cotidiano alcanzaba su máxima intensidad, en un tiempo de tránsito, ambiguo y dislocado, que facilitaba que saliesen a la superficie los instintos básicos del ser humano.

En su génesis y evolución convergen múltiples influencias, lo que hace que esté lejos de ser un fenómeno simple, con un significado unívoco y ajustado a patrones concretos. En el Carnaval se combinan y mezclan elementos diversos. Absorbe rasgos de distintas celebraciones paganas pero, como afirma Julio Caro Baroja, no podría ser entendido correctamente si no es en relación con la Cuaresma cristiana. Además, toda fiesta es un reflejo de la sociedad que la celebra, y para poder comprenderla resul-

ta imprescindible analizar su contexto socioeconómico y cultural. Así, no es factible reducir el Carnaval tradicional a meras pervivencias del pasado, que, cuando las hay, se limitan muchas veces a sus formas y no a sus contenidos, pues éstos van cambiando con el paso del tiempo.

Vinculado a un modo de vida condicionado por los ciclos naturales, su fin último era garantizar la supervivencia y la buena marcha del grupo social. Gran despedida del invierno, el Carnaval se caracterizaba por su tono popular, la risa del pueblo en la plaza pública, sin ataduras ni tabúes, en oposición a las conmemoraciones fijadas por los estamentos dominantes. Una momentánea válvula de escape que posibilitaba que, por unos días, se materializaran los deseos de libertad, igualdad y abundancia, y quedase reflejada una visión del mundo contraria a la oficial.

Las páginas que siguen intentan ilustrar lo que suponía para los aragoneses la celebración del Carnaval. No se trata de un compendio exhaustivo de los carnavales de todo Aragón, dados los diferentes estadios en la investigación según las zonas, sino una primera aproximación al tema para poder conocerlo mejor. Su redacción debe mucho a la colaboración de distintas entidades y personas y, de una forma muy particular, a Pilar Navarro y Jesús Rubio, miembros del grupo folclórico Somerondón, sin cuya ayuda, inestimable y siempre desinteresada, este libro no hubiera sido posible.

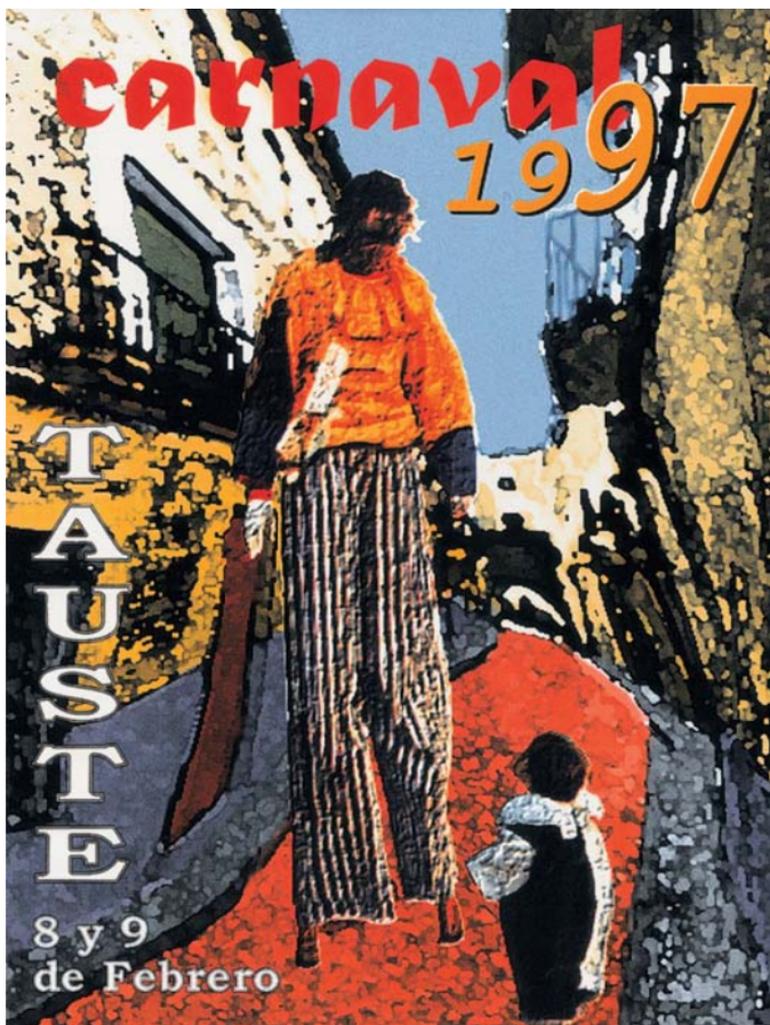
## ¿QUÉ ES EL CARNAVAL?



**E**l Carnaval es el periodo festivo que precede a la Cuaresma, tiempo litúrgico de preparación a la Semana Santa y a la Pascua de Resurrección. Se celebra en gran parte de Europa, en especial en las áreas donde el catolicismo es la religión mayoritaria, encuadradas todas ellas en lo que fueron las provincias occidentales del Imperio Romano. Los europeos llevaron esta festividad hasta América, donde arraigó con fuerza en algunos lugares del Sur y el centro del continente, así como en puntos concretos de Estados Unidos, como la ciudad de Nueva Orleans.

Su fecha de inicio varía, en un periodo que abarca la mayor parte del mes de febrero y principios del de marzo, por el hecho de estar vinculado al comienzo de la Semana Santa, y depender ésta del calendario lunar. Además, ha sufrido ligeras alteraciones como consecuencia de los cambios habidos en el cómputo del tiempo a lo largo de la historia.

Su duración no se ajusta a unas normas fijas. En general, era costumbre que se desarrollase durante los tres días que precedían al Miércoles de Ceniza. Sin embargo, hay lugares donde los festejos sólo tenían lugar la víspera de esa fecha y otros en que comenzaban el jueves anterior (Jueves Lar-



*Propuesta de cartel para el Carnaval de Tauste de 1997, por Joaquín Rayado*

dero), o incluso antes, y concluían el domingo posterior (Domingo de Piñata); excepcionalmente, en algunas localidades aragonesas todavía se celebran actividades carnavalescas (como la fiesta de la “vieja remolona”, de la que luego se hablará) bien entrada la Cuaresma.

### **EL ORIGEN DE SU NOMBRE**

El nombre “Carnaval”, documentado en castellano a partir del siglo XV, surge en relación con los preceptos cuaresmales, pues hace referencia al tiempo de ayuno y abstinencia que se inicia tras su conclusión. El término procede del italiano *Carnavale*, y éste, a su vez, de la expresión latina *carne levare* (“abandonar la carne”).

Esa visión del Carnaval como tiempo en el que se puede consumir carne o acceder a los “placeres carnales” por última vez antes de que den comienzo los sacrificios de la Cuaresma, también está presente en idiomas como el alemán (*Fastnacht*, “noche de ayuno”) o el francés (*Mardi Gras*, “Martes Graso”). En la parte noroeste de la Península Ibérica (Galicia, Asturias, Cantabria y León), sin embargo, la forma más usual para referirse al Carnaval es la de Antruejo, del latín *introitus* (introducción [a la Cuaresma]).

En la Edad Media era habitual que a este periodo se le denominase simplemente “Carnal” —personaje enzarzado en un feroz combate con Doña Cuaresma en el *Libro del*

*Buen Amor*, del Arcipreste de Hita— o bien “Carnestolendas”, “Carnestultas” —como aparece citado en el *Fuero de Teruel*— u otros términos procedentes de *carnes tollendas* (“carnes quitadas”).

La antigua teoría que hacía derivar la etimología de la palabra Carnaval de la expresión *currus navalis*, al vincularla al “carro naval” utilizado en los festejos que en honor a la diosa Isis se celebraban en Roma, carece de aceptación en nuestros días.

## BUCEANDO EN LA HISTORIA



**D**esde que el ser humano aprendió a cultivar la tierra y a domesticar ciertos animales, en el Neolítico, y hasta mediados del siglo XIX, cuando se empezó a abrir paso la Revolución Industrial, los principales medios de subsistencia de casi todas las sociedades del planeta estuvieron ligados a los ciclos naturales. De su periodicidad y bonanza dependían la buena marcha de las cosechas y la multiplicación del ganado, base del progreso económico.

Muchas de estas sociedades han coincidido en la celebración de distintos rituales festivos para impulsar el renacer de la vida, aletargada durante el paréntesis invernal, y dar la bienvenida a la primavera. El propósito de los mismos era propiciar el retorno de la fertilidad y, con ella, de la abundancia, que se creía sometida al favor de fuerzas sobrenaturales, asegurando así la buena marcha del grupo, una vez regenerado y libre de influencias negativas.

En el mundo rural, sobre todo, predominaba una visión cíclica del tiempo. La observación de la Naturaleza permitía apreciar el devenir de los fenómenos naturales y su influencia sobre plantas y animales. Pero la sucesión de estaciones no se consideraba algo definitivo e inamovible. Para que se produjera era necesario que se cumplieran ciertas condiciones, cosa que sólo ocurría si se ponían en marcha

los mecanismos oportunos. Era preciso realizar determinadas actividades, “probablemente eficaces”, para ahuyentar a las fuerzas hostiles y despertar a las benefactoras, de modo que estuviesen listas para su convocatoria anual.

Esas ceremonias iban teniendo lugar mientras estaba ausente el buen tiempo, es decir, durante el invierno, y se intensificaban, precisamente, cuando más falta hacía, en el momento crítico en el que se debía producir la transición entre invierno y primavera: los meses de febrero y marzo. En numerosas ocasiones, esa fase de tránsito festivo estaba regida, además, por unas normas especiales que la dotaban de unas características particulares.

Diferentes culturas han contado con celebraciones de este tipo a lo largo de la historia. La mayoría posee palpables rasgos comunes, pero también elementos singulares que les conceden personalidad propia y que están en relación con el periodo histórico en el que se han desarrollado, las estructuras sociales y económicas predominantes, las condiciones naturales del lugar, la herencia cultural o, incluso, las preferencias estéticas de cada época.

## **LAS FIESTAS “CARNAVALESCAS” PRECRISTIANAS**

### **En Mesopotamia**

Hay noticia de que algunos pueblos mesopotámicos organizaban importantes fiestas con motivo del equinoccio

de primavera (21 de marzo), momento que marcaba la renovación del año. Conmemoraban así la victoria del dios Marduk sobre el dragón Tiamat, el triunfo de la luz sobre las tinieblas y la reordenación del cosmos. En Babilonia tenían lugar espectaculares procesiones y se vivían días de locura e inversión del orden social. Según afirman algunas inscripciones conservadas, durante dichas festividades «el esclavo se convertía en amo».

### **En Grecia**

Existen datos más detallados acerca de lo que sucedía en varias ciudades-Estado griegas en época clásica. En Atenas, durante los meses invernales se concentraban las fiestas dedicadas a Dioniso, dios de la vegetación, el vino y la desmesura. A comienzos de la estación tenían lugar las Dionisias Agrarias, que alentaban la fecundidad de la tierra. Procesiones y regocijos populares (juegos, bailes y cantos, bromas, alusiones obscenas, etc.) animaban caminos y pueblos. En el mes de *gamelion* (diciembre-enero), en el que se solían celebrar los matrimonios, se festejaban las Leneas, con danzas desenfundadas de las ménades (mujeres poseídas por el espíritu báquico) y la representación de comedias y tragedias.

El ciclo festivo tenía su cumbre en el mes de *antesterion* (febrero-marzo) con las Antesterias, que subrayaban, durante tres días, el paso del invierno a la primavera: en el



*Mênades en éxtasis consagradas al dios griego Dioniso (Baco, para los romanos),  
relieve de la Galería degli Uffizzi de Florencia*

primero se bebía vino hasta alcanzar la embriaguez; en el segundo se realizaba una procesión, que recorría la ciudad con Dioniso montado en un barco, acompañado por una barahúnda de personajes enmascarados; y el tercero y último estaba consagrado a los muertos. Unas semanas después comenzaban las Grandes Dionisias, la “segunda temporada teatral”, que atraía a multitud de extranjeros a la ciudad.

### **Entre los celtas**

Los pueblos de cultura céltica también conocieron rituales parecidos. Al acabar el invierno, el fuego purificador

estaba presente en las ceremonias en honor a la diosa Brigit —la Iglesia estableció la celebración de Santa Brígida en estas mismas fechas—, y elementos simbólicos relacionados con la diosa Hertha, la “Madre-Tierra”, atravesaban los campos sobre un carro, rodeado de general algarabía. Este carro tenía, en ocasiones, la forma de un barco al que se hacía navegar por los cursos de agua.

### **En Roma**

En los tiempos más antiguos de Roma, el año comenzaba el 1 de marzo y se dividía en diez meses. Cuando concluía diciembre (el décimo), se iniciaba un periodo de tránsito que carecía de nombre y que se extendía hasta el primer día del año entrante. Tanto el último mes como esa fase que preludiaba un nuevo ciclo anual estaban salpicados de fiestas y ceremonias de carácter propiciatorio y purificador. La reforma del calendario, dirigida por el astrónomo alejandrino Sosígenes y puesta en funcionamiento en el 46 a.C., durante el gobierno de Julio César (calendario juliano), trasladó al 1 de enero el principio del año y estableció su distribución en doce meses. Pero no por ello se dejaron de celebrar las festividades ya existentes, a las que, con el tiempo, se fueron sumando otras.

En la segunda mitad de diciembre tenían lugar las Saturnales, en honor al dios Saturno, quien reinó durante una legendaria edad de oro en la que todos los hombres eran

libres e iguales, no debían trabajar para obtener su sustento, y bailaban y reían sin miedo a envejecer. Mientras duraban las celebraciones, los esclavos se veían liberados de sus obligaciones y sus amos, al quedarse sin servidumbre, se reunían para comer y charlar. Eran numerosas las diversiones populares, como loterías y juegos de azar, y los niños hacían diabluras e “inocentadas” sin temor a ser castigados. Se elegía un “rey” de la fiesta y, al finalizar ésta, se daba a su efigie una muerte ritual.

En las calendas de enero (día 1) se intercambiaban regalos y se hacían cuestaciones y mascaradas, con hombres disfrazados de mujeres o de animales (macho cabrío, ciervo, vaca, etc.). Entre el 17 de diciembre y el 5 de enero, la fecha variaba, se desarrollaban las Compitales, fiestas con las que concluía el año agrario. Durante las mismas, se erigían pequeñas capillas en los cruces de caminos, de las que colgaban arados y muñecos de madera con fines preservativos, y se comían unas pastas especiales con formas humanas.

A mediados de febrero se recordaba a los muertos en las Parentales y se celebraban las Lupercales, con ceremonias en las que pervivían ritos de purificación y fecundación de origen remoto (*februare*, término latino que ha dado nombre al mes de febrero, significa “purificar”, “expiar”), posiblemente relacionados con la protección del ganado. Durante las Lupercales, jóvenes ataviados con pieles, con-

sagrados al dios de la naturaleza Fauno, perseguían por las calles a las muchachas armados con látigos hechos con tiras de cuero llamados *februa*. Las chicas apenas oponían resistencia, ya que creían que los azotes recibidos asegurarían su fertilidad y les ayudarían a alumbrar hijos sanos.

La fecundidad de las mujeres casadas se invocaba durante las Matronalia (1 de marzo), tiempo en el que se les preparaban banquetes y se les ofrecían regalos. Cuatro días más tarde se festejaba la apertura de los puertos marítimos (5 de marzo), cerrados en invierno, con una cabalgata dedicada a Isis, diosa de procedencia egipcia asociada tanto al matrimonio como a la resurrección, que encabezaba un carro en forma de barco (*currus navalis*). Las fiestas



*Afrodita, diosa del amor, y Pan, asimilado al Fauno romano, mitad hombre, mitad macho cabrío, protector de rebaños y campos (Museo Nacional de Atenas)*

romanas que señalaban el ocaso de los meses invernales eran las Mamurales (14 de marzo). En ellas, unos sacerdotes —los salios— golpeaban con un palo a un pellejo o a un hombre disfrazado con un pellejo, que representaba el año saliente.

### **LA CRISTIANIZACIÓN DEL CALENDARIO FESTIVO Y LA EVOLUCIÓN DEL CARNAVAL**

En los territorios del Imperio Romano convivieron durante centurias las fiestas paganas y las nuevas celebraciones cristianas. Las primeras, consideradas fuente de desmanes y desórdenes, fueron duramente criticadas por la jerarquía eclesiástica. Al no poder erradicarlas totalmente, sobre todo en ambientes campesinos, donde tenía menor implantación —“paganos” son, en principio, todos aquellos que viven en un *pagus* o población rural—, la Iglesia optó por adaptar algunas a su calendario festivo, en un proceso de sincretismo “vigilado” que les otorgó un nuevo sentido, en conexión con la doctrina evangélica. De este modo, se diluyó su significado primitivo pero se mantuvieron su importancia social y algunas de sus formas.

El Carnaval propiamente dicho, tal y como se conoció con posterioridad, surge durante los primeros siglos del cristianismo. A pesar de que asimila motivos de diferentes festividades de raigambre pagana, fue la ordenación de los

periodos litúrgicos cristianos la que fijó su fecha de celebración y lo estableció como tiempo de oposición a la Cuaresma, en la que tanto el comportamiento individual como el colectivo debían estar supeditados al recogimiento, la abstinencia, la penitencia y la oración.

Durante la Edad Media, se convirtió en la máxima expresión de una serie de festejos populares opuestos a las celebraciones oficiales, civiles o religiosas, caracterizadas por su seriedad y por reflejar una determinada concepción del mundo, jerarquizada y regida por “verdades eternas”. Concentrados muchos de ellos en los meses invernales, esos festejos populares (*festa stultorum*, “fiestas de los bobos” o “de los locos”) ofrecían un efímero escape a la vida cotidiana, invirtiendo por breve tiempo el orden establecido y rompiendo las barreras que imponían la condición social, la fortuna, la edad o el sexo.

Así, por ejemplo, para el 6 de diciembre (San Nicolás) o el 28 del mismo mes (los Santos Inocentes) era habitual en las grandes ciudades la elección de un “obispillo” entre los niños cantores de la catedral, el cual, durante toda la jornada, parodiaba, dentro de ciertos límites, al verdadero obispo. El 1 de enero (la Circuncisión de Cristo), en la llamada “fiesta del asno”, se introducían pollinos en los coros de las iglesias y los asistentes imitaban sus rebuznos mientras se leía un texto satírico. Cinco días después (la Epifanía), eran nombrados el “rey de la faba”, el “rey de porqueros” o el

“rey de pastores”, autoridades temporales de tono jocosos. Consentidas por las autoridades, existían también una “risa pascual” (*risus paschalis*) en la misa, a cargo del sacerdote —en los países germanos, era quien dirigía las burlas e incluso protagonizaba obscenidades—, así como una abundante literatura que caricaturizaba los libros sagrados y las obras cultas, consagrada por la tradición.

Ese universo paralelo al real alcanzaba su culminación con los carnavales. Durante unos días quedaban abolidas las normas y los privilegios y reinaban festivamente, con el permiso de la Iglesia y el poder político, la libertad, la igualdad y la abundancia. Farsas y chanzas, junto a profanaciones y degradaciones, daban forma a un “mundo al revés”, de pasajera felicidad utópica, en el que resultaban parodiados hasta los propios burladores. Casi todo estaba permitido y todos participaban en unas fiestas ligadas a un periodo de cambio en el ciclo de la Naturaleza en el que se abandonaba el estéril invierno para dar paso a la renacida y fecunda primavera.

Con la formación de los Estados modernos y la progresiva aparición de grandes poderes centralizados, en el Renacimiento, disminuyó la permisividad oficial. A los sucesivos intentos políticos para recortar o terminar con aquellas muestras de desorden colectivo se fueron sumando, además, las críticas de las autoridades eclesiásticas, más enérgicas tras la Contrarreforma.

El Carnaval siguió celebrándose durante los siglos siguientes pero, poco a poco, al ritmo en que lo hacía la sociedad, fue evolucionando hasta que acabó por perder muchas de sus características esenciales. Sobrevivió a varias reordenaciones de las fiestas religiosas, e introdujo coloristas novedades, principalmente en el ámbito urbano, durante los siglos XVIII y XIX.



*Don Carnal, personificación durante siglos de todo tipo de excesos (detalle del Combate entre Don Carnal y Doña Cuaresma, de Pieter Bruegel el Viejo, 1559)*

La decadencia de sus señas más tradicionales se aceleró a pasos agigantados con la industrialización de la economía. No obstante, y a pesar de todos los impedimentos, prohibiciones políticas incluidas, tanto en diversas zonas rurales como en algunas ciudades ha pervivido hasta nuestros días, aunque ya muy alejado de su significación original.

## SE BARRUNTA CARNAVAL. LAS FESTIVIDADES DE INVIERNO



**D**esde que en diciembre comienza el invierno hasta que éste agota sus últimos fríos, allá por el mes de marzo, se sucede una serie de festividades que, aun contando en algunos casos con remotos precedentes, están incluidas en el calendario de las celebraciones cristianas.

Muchas de ellas han perdido en nuestros días la relevancia que tuvieron en el pasado, por la progresiva despo- blación de los núcleos rurales y la concentración de los festejos mayores en los meses estivales para el disfrute de los veraneantes, pero en otras épocas constituían una parte esencial del ciclo festivo. Se desarrollaban en un perio- do del año en el que era posible disponer de más tiempo libre, debido a las escasas horas de luz natural y a que las bajas temperaturas limitaban las faenas agrícolas o ganade- ras y empujaban a buscar refugio en las poblaciones.

Dichas fiestas prelu- diaban la inminente llegada del Car- naval, con el que guardan múltiples puntos de contacto: la presencia del fuego regenerador, cuestaciones, comilonas, representaciones teatrales donde el bien y la vida derrotan al mal y la muerte, bailes, bromas y mascaradas, anuncio

de la primavera (con predicciones del tiempo reflejadas en numerosos refranes), autoridades bufas, inversiones en el orden social y balances satíricos del año.

Esa semejanza se intensificó con el paso del tiempo, puesto que algunas tradiciones propias del Carnaval, perseguidas por favorecer “excesos y alborotos”, encontraron amparo bajo el manto protector de la advocación a un santo o de un episodio evangélico. La coincidencia de rasgos llegó a ser tal que en muchos lugares se consideraba que el Carnaval comenzaba en enero (*Por San Antón, Carnestolendas son*) o incluso antes, en Navidad, cuando se gastan bromas con motivo de los Santos Inocentes, se come abundantemente o se acude disfrazado a los cotillones de Nochevieja —todo ello herencia directa de las Saturnales romanas—.

## SAN ANTÓN

Entre las conmemoraciones religiosas de mayor difusión en Aragón durante los meses de invierno se encuentra la de San Antón (17 de enero), nombre con el que popularmente se conoce a San Antonio Abad, patrón de los animales domésticos y de labor, en especial de las caballerías, que en esta fecha son engalanadas (como en las *Consualia* romanas) y bendecidas tras misas y procesiones.

El día del Santo, o su víspera, era preceptivo encender enormes hogueras cuyas llamas se mantenían vivas duran-

te mucho tiempo. Los jóvenes se reunían para recoger la leña a la que, en algunos casos, se añadían muebles viejos o inservibles (*Para San Antón, trastos al montón*). Las cenizas se atesoraban como amuleto, ya que se creía que aliviaban la sensación de quemazón producida por la enfermedad del herpes zóster, que se suponía que este santo ayudaba a sanar.

Alrededor de la hoguera se bailaba, y en sus brasas se asaban patatas, embutidos y carne, en grandes banquetes comunitarios. En ocasiones estos alimentos, que se acompañaban con diferentes dulces típicos, se recogían a través de colectas. Así, en Tamarite de Litera y en Tarazona el denominado “Rey de Espadas” iba de casa en casa montado en una mula y ensartaba en un largo estoque las viandas que le iban dando, mientras que en algunos enclaves altoaragoneses todavía se hacen donaciones de comida que luego se subasta para costear los festejos (*l’oferta*).



*El Rey de Espadas de  
Tamarite de Litera,  
según Amades*

San Antón siempre va acompañado por un cerdo en las imágenes devocionales, y no era extraño que se criaran varios ejemplares para ser luego rifados durante las fiestas.

En ciertos pueblos del Sobrarbe y de la provincia de Teruel, los niños daban cencerradas antes de que comen-

zasen las celebraciones. Las bromas abundaban en estas fechas (*Por San Antón, se puede hacer el bobón*). En Bielsa, por ejemplo, muchachos disfrazados entraban en las casas sin previo aviso a comer y beber, y en varias localidades de la ribera del río Martín, los mozos ensuciaban la cara con hollín a las mozas que pillaban.

En el Bajo Aragón, el día de San Antón tenía una repercusión especial. Cofradías o mayoresales, elegidos para la ocasión, eran los encargados de organizar los festejos. Había vaquillas, se bailaba el “reinau” y era común saltar por encima de las hogueras.

Abundaban las representaciones de la vida de San Antonio, que se retiró al desierto como anacoreta y fue tentado sin éxito, una y otra vez, por Lucifer y sus secuaces; quizá la que mejor se conserva y todavía se pone en escena periódicamente es la de La Portellada. Los diablos que provocaron al santo siguen siendo un elemento imprescindible en las fiestas de La Fresneda, La Ginebrosa, Torre del Compte, Valderrobres, Ráfales y otras localidades de la zona, donde no dejan de perseguir a niños y chicas empuñando pequeños látigos y, a veces, también cencerros.

Asimismo, era corriente que uno o varios vecinos satirizaran en verso lo acaecido a los habitantes del pueblo en el último año. Todavía se recuerda esta costumbre en Abenfigo, Ejulve, Foz de Calanda, Mas de las Matas o Cre-

tas. Además de sacar a la luz los trapos sucios de los paisanos de forma jocosa, se recitaban dichos y se entonaban canciones con una evidente carga de crítica social, como las siguientes:

*San Antoni, San Antoni  
una cosa te vull dir,  
los pobres planten la vinya  
i els rics beben lo vi.*

*San Antoni, San Antoni  
tu que estàs en eixe armari,  
vés a dir-li al nostre amo  
que mos apuje lo salari.*

*San Antonio, San Antonio  
otro problema hay aquí,  
o la Térmica pone filtros  
o nos tendremos que ir.*

En Esteruel, para estas fechas tiene lugar todos los años la Santa Encamisada, que gira en torno a las hogueras y las antorchas, con cabalgatas en las que participan autoridades especiales (procurador, rey, conde y mayoresales). Antes, se solía confeccionar un muñeco de paja (moncho), encarnación de quien se negaba a tomar parte en las actividades del día, que era ejecutado a trabucazos y quemado tras ser paseado por las calles del pueblo.



*El fuego y las caballerías son los principales protagonistas de la Santa Encamisada de Estercuel, celebrada el día de San Antón*  
(Foto: J. Rubio)

## OTRAS CELEBRACIONES

Además de San Antón, otras fiestas jalonan el curso de los meses de invierno. Una de las más sobresalientes es la de **San Sebastián** (20 de enero), protector contra la peste y otras epidemias, al igual que San Roque (16 de agosto), y al que en muchos sitios se venera junto con **San Fabián** (19 de enero). A San Sebastián, por haber sido militar, se le considera el patrón de soldados y quintos, por lo que en algunos sitios eran éstos los que más destacaban durante los festejos. En otros pueblos, sin embargo, era una fiesta para los casados.

Al igual que en San Antón, era costumbre encender enormes hogueras —eran conocidos como los santos *fogateros* o *rostitors*— en las que ardían árboles y ramas apiladas previamente. Alrededor de las mismas se bailaban danzas tradicionales, entre ellas “el rodar” turolense, y en sus brasas se asaban diversos alimentos, preferentemente derivados del cerdo. Las comidas se acompañaban con abundante vino y concluían con dulces propios de la festividad. Mayoriales y mairalesas preparaban los actos y dirigían subastas y colectas. Eran muy comunes las romerías a ermitas, las procesiones y el canto, de madrugada, de diferentes coplas (albadas) y del Rosario de la Aurora.

En Aliaga había *mochigangas* y también diableras. Hombres disfrazados con trajes de colores y máscaras, a los que se ofrecía comida por las casas, perseguían a los niños

escoba en ristre. En Sádaba se paseaba al pelele y en Longás se vestían disfraces carnavalescos.

Con la festividad de **la Candelaria** o Candelera (2 de febrero), la Iglesia conmemora la Presentación del Niño Jesús en el Templo y la Purificación de la Virgen cuarenta días después del alumbramiento. En esa jornada se bendicen velas y cirios cuya luz purificadora se utilizaba para alejar granizadas, tormentas y rayos, rechazar brujas y malos espíritus, dar salud a enfermos o hacer más fáciles los partos y las últimas horas de los moribundos. Tampoco eran raras las hogueras y las reuniones para tomar pastas y vino.

Sólo un día después se celebra **San Blas** (3 de febrero), santo que alivia las enfermedades de garganta. Por ello se bendecían los alimentos y también el pienso de los animales, y se consumían abundantes bollos, roscones y tortas. Menudeaban las cuestaciones, las comidas de hermandad, los fuegos y los bailes. Allí donde era el patrón de la villa —como, por ejemplo, en Pina de Ebro, Alloza, Cinco Olivas o Chiprana—, se representaban mojigangas y dances, que enfrentaban a los integrantes de dos bandos, por lo general cristianos y turcos. En Chiprana, además, era usual recitar versos y contraversos satíricos referentes a los vecinos.

En Ateca se vivía con entusiasmo una antigua tradición relacionada con los personajes —propios del Carnaval— que persiguen a muchachas y niños. Un individuo, conoci-

do como la Máscara y disfrazado con un traje de vivos colores, perseguía a los chicos por las calles blandiendo un sable de madera y un broquel (pequeño escudo redondo) con los que atizaba mandobles a diestro y siniestro. Los críos se defendían arrojándole piedras y frutas pasadas. Tras la procesión, la Máscara se subía a un cerro y la chiquillería lo apedreaba hasta que los guardas municipales ponían paz. El acto concluía con un baile en lo alto del promontorio, donde se entonaba una particular canción, y con la bajada del mismo corriendo a toda velocidad.



*La Máscara de Ateca, el día de San Blas, rodeada por una multitud de chiquillos (Hemeroteca de Zaragoza)*

**Santa Águeda** (5 de febrero), protectora del pecho femenino, era la festividad mayor de las mujeres. En algunas zonas se trataba de una celebración restringida a las casadas, quedando para las solteras **Santa Apolonia** (9 de febrero), sanadora de los dolores de muelas, muy venerada en diferentes áreas de Aragón cuyas aguas tenían una calidad deficiente. Sin embargo, no era raro que todas las mujeres, de cualquier condición, participasen juntas en las diversiones.

Para Santa Águeda se producía una clara inversión en el orden social vigente en otros tiempos: normalmente recluidas en el interior del hogar, las mujeres, durante unas horas, pasaban a ser las principales protagonistas de la vida pública. En muchos sitios todavía se inicia la jornada con el bandeo de campanas (a veces se hace la víspera, por la noche), para que quede constancia de su “toma de posesión” en el pueblo. Se nombran mairalesas para preparar las actividades y en ciertos lugares (Grañén, Tardienta, Castejón de Sos, etc.) es elegida una “alcaldesa”, que ostenta de forma simbólica el máximo poder municipal. Tras los oficios religiosos, las mujeres cantan coplas, juegan, disputan competiciones y se reúnen para merendar o tomar chocolate. Se elaboran roscas y otros dulces especiales que normalmente se bendicen, como sucede en Escatrón o Mazaleón, donde las muchachas portan en la cabeza cestillos con panes que luego se reparten entre los asistentes a los actos.

Son ellas las que toman la iniciativa para buscar pareja en el baile, al contrario de lo establecido por la costumbre. Hay lugares en que las mujeres danzaban en torno al fuego.

En Fayón, tras comer embutidos asados en las brasas de las hogueras y jugar a la piñata, las jóvenes, disfrazadas, acompañan a los “santadigués”, que atraviesan el pueblo con un cesto al que arrojan monedas los viandantes, antes de ir a divertirse en los bailes (el del “farolet”, el de “la coca”, etc.).

Ese día son usuales las bromas, las canciones de contenido sexual y las licencias subidas de tono. Antaño se escondían las herramientas de los hombres y eran pocos los que se atrevían a salir de casa, pues si les abordaban las mujeres, les bajaban los pantalones o les arrojaban capazos de agua. Para que sus andanzas no fueran reconocidas, muchas ocultaban su rostro.

A los pies del Moncayo, en Aranda, Tabuena y Fuendejalón, los bailes de mujeres en rolde alrededor del fuego y sus cánticos picarescos y graciosos (chimilindrones) tienen lugar, sin embargo, para **San Babil** (24 de enero).

Junto a todas las citadas, hay otras fiestas patronales que también constituyen un claro anticipo del Carnaval. Entre las que mayor arraigo tenían en Aragón figuran las de **San Victorián** (12 de enero), **San Vicente** (22 de enero), **San Valero** (29 de enero) y **San Valentín** (14 de febrero).

### **La simetría del calendario: fiestas “carnavalescas” de fin de verano**

Tal y como se celebra la irrupción de la primavera, pues trae aparejado el resurgir de la vida, también ha sido costumbre en muchas sociedades agrícolas y ganaderas festejar el fin de la estación estival. Lo que ya ha crecido y dado fruto pierde vigor, irremediablemente, con el paso del tiempo y su muerte se hace necesaria para que se produzca el nacimiento de una nueva cosecha o de una nueva generación, más fuerte y vital.

Así, a finales de agosto o durante la primera mitad de septiembre coinciden, en diferentes localidades aragonesas, varias fiestas de carácter popular con antiguos orígenes que comparten numerosos rasgos, e incluso personajes, con las festividades carnavalescas. En todas ellas están presentes las mascaradas, los excesos y, de manera implícita o explícita, diversas ceremonias de “purificación” del grupo social y de preparación para el nuevo periodo que empieza.

En Tarazona, uno de los máximos protagonistas de los festejos en honor de San Atilano (27 de agosto), patrón de la villa, es **el Cipotegato**. Se trata de un individuo enmascarado, cubierto por un llamativo traje arlequinado, que recorre la ciudad mientras es sometido a una espectacular lluvia de tomates de la que cada año sale milagrosamente ileso. Tiempo atrás, el Cipotegato acompañaba a la corporación municipal cuando se dirigía del Ayuntamiento a la Catedral para participar en la procesión del Corpus, con el fin de espantar



a moscones y críticos, y alejar a la chiquillería, que le hacía rabiar arrojándole pellas de tierra. Para ello se servía de un palo (cipote) con un pequeño látigo terminado en una vejiga de gato hinchada, con la que golpeaba en la cabeza a los importunos que no guardaban el debido respeto o se mofaban de las autoridades. Esta figura posee acusadas similitudes con otros fustigadores muy comunes en los carnavales, tanto de la propia comarca (los “cipoteros” de Mallén y Magallón o los “mazorrios” de Tabuena, por ejemplo) como de otros puntos de Aragón y del resto de España. Formó parte del

dance de Tarazona —tiene evidentes paralelismos formales con los participantes burlescos (rabadanes) de muchos dances aragoneses, que también se encargaban de despejar de gente las calles por las que debían ir las procesiones y la plaza en donde se bailaba— y, al igual que hacía la Máscara de San Blas, de Ateca, hay noticia de que antaño intervino en colectas de alimentos y dinero.

El 14 de septiembre, día de la Santa Cruz, símbolo de muerte y resurrección por excelencia, se organizan dos interesantes celebraciones en tierras altoaragonesas. Una de ellas es **la mojiganga o mochiganga de Graus**, recuperada en 1979 tras no haberse celebrado desde la dictadura de Primo

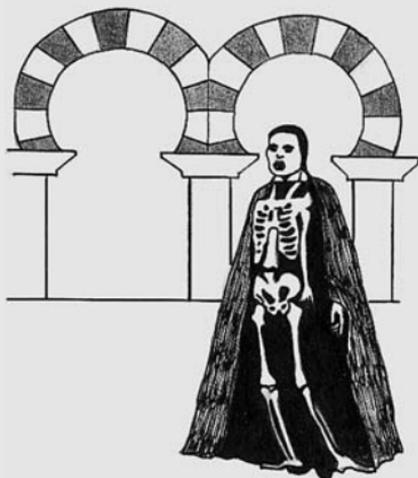


de Rivera (1923-1930). Consta de dos partes diferenciadas que transcurren en la Plaza Mayor, donde cuelga un muñeco, el *furtaperas*, juzgado y condenado por sus tropelías. En la primera, varias parejas de danzantes bailan ante los “reyes” distintas mudanzas al son de la gaita y las castañetas, con atuendos blancos rematados con decorados gorros de paja. A continuación desfila una cabalgata cómica compuesta por variopintas figuras, muchas de ellas enmascaradas. Junto a la Corte, heraldos, alabarderos y tropas montadas, aparecen gigantes, cabezudos, viejas brujas, *caballés* y personajes de lo más diverso.

En un segundo momento, los “reyes” asisten a la lectura de un conjunto de cartas, cantos y mensajes que desgranan quejas o anécdotas, ridiculizando determinados aspectos de la vida local y poniendo en solfa a autoridades y costumbres.

Mojigangas parecidas fueron, desde la Edad Media, referencia obligada con ocasión de grandes festejos, ya fuera el Carnaval, ya la celebración de importantes acontecimientos, como visitas de monarcas o de señaladas personalidades, nacimientos en la familia real, coronaciones, etc.

Ese mismo día (o, en su defecto, el fin de semana anterior o posterior), con una periodicidad bienal, **la Morisma de Ainsa** conmemora la mítica batalla que permitió arrebatar dicha localidad a los musulmanes, tras la aparición de la Santa Cruz sobre una encina —símbolo que pasó a formar parte del escudo de Aragón—. Alrededor de 300 vecinos convenientemente disfrazados y divididos en dos bandos, moros y cristianos, encarnan el enfrentamiento que opone a las fuerzas del bien y del mal, con presencia de figuras de la tradición medieval como “el gracioso”, el diablo, San Jorge o la muerte. Las breves intervenciones de la soldadesca, a la espera de entrar en combate, incluyen numerosas alusiones satíricas que alcanzan a integrantes de la vida pública de nuestros días. La morisma se celebra desde muy antiguo (hay referencias escritas del siglo XVII, pero su origen sería anterior), aunque se dejó de representar entre 1921 y 1970. El texto de la pieza teatral fue recogido y reelaborado por Luis Mur y Francisco Peñuelas en la década de 1930. Desde su recuperación, en cada edición se introduce alguna novedad.





## EL CARNAVAL TRADICIONAL EN ARAGÓN



**D**urante siglos, el Carnaval ha inaugurado la primavera, puntual todos los años a su cita, en las poblaciones del territorio aragonés. El transcurso del tiempo y los distintos contextos sociales y naturales —no es igual el Carnaval urbano que el rural, y, dentro de este último, tampoco lo es el del llano o el de la montaña— han hecho que fueran variando algunas de sus formas y medios de expresión.

Sin embargo, aunque no en todas partes hayan coincidido todos y cada uno de sus rasgos, ha existido en su desarrollo un esquema común, el mismo que se repite no sólo en otros carnavales españoles sino también del resto de Europa.

### **RECOLECTA, EXCESOS Y DIVERSIÓN**

El Carnaval era una fiesta popular, alejada de toda convención oficial y vivida intensamente por todos los miembros de la colectividad. No había actores y espectadores: todos participaban en un acontecimiento que, por un corto periodo de tiempo, rompía con la monotonía cotidiana y daba un vuelco radical a la concepción oficial del mundo y



*La plega de San Juan de Plan  
(Foto: J. A. Hernández)*

a su ordenación. Sin apenas cortapisas, era posible llevar hasta su extremo excesos de todo tipo y hacer que imperara la diversión descontrolada, en contraste con las limitaciones que se imponían tras su finalización.

Como desquite previo a la vigilia cuaresmal, adquiriría una especial relevancia la ingestión de abundante comida. En muchos lugares de Aragón, el Carnaval comenzaba el “Jueves Lardero”, llamado así por ser costumbre en ese día consumir embutidos hechos con las partes grasas del cerdo o conservados en

manteca, fruto de la reciente matacía (*Jueves Lardero, longaniza en el puchero*). Era tradicional que los niños fueran a merendar al campo, donde daban cuenta de un trozo de pan y un pedazo de chorizo o de longaniza del tamaño que alcanzase el palmo de su mano.

Para los jóvenes, la fiesta se iniciaba con una cuestación de alimentos que se hacía por todo el pueblo (*replega, plega* o *llega*). Diariamente realizaban una ronda, casa por casa, que podía ir acompañada por música y cantos, para solicitar un pequeño tributo alimentario. Por lo general, sólo participaban en la misma los mozos solteros, provistos de cestas, macutos y trancas o espedos en los que colgar lo recibido. Recogían todo tipo de comida: embutidos, lonchas de jamón, huevos, judías, patatas, pollos, conejos, etc. Mientras esperaban a que estuviese preparado el obsequio, se les ofrecía caldo, algo de carne o pastas, todo regado generosamente con vino y licores, lo que les ayudaba a mantener la animación y combatir el frío.

Con lo obtenido en la *plega* se organizaban meriendas, cenas y recenas a las que eran invitadas las mozas y otros integrantes de la comunidad. El “espíritu de la abundancia” se materializaba en esos opíparos festines donde la carne, fundamentalmente la porcina, era el plato estelar, y en los que destacaban especialidades reservadas para la ocasión, como la escolaneta pirenaica (estómago de cerdo relleno de pasta de morcilla).

No eran tampoco raros los ranchos colectivos, las costilladas de ternasco a la brasa, las migas o el reparto gratuito de tortas, chocolate, frutas en almíbar u otros alimentos. Los banquetes concluían con dulces característicos de estas fechas: chicharrones o chinchorros (Cinco Villas), crespí-



*Entre los alimentos que se recogen durante la plega destacan los embutidos, hechos con carne de cerdo (Foto: J. A. Hernández)*

llos o crispetas (Pirineo), rollos de anís (Paracuellos de Jiloca), etc. La bebida, siempre copiosa, ponía la guinda a los últimos hartazgos antes de que comenzaran las privaciones de la Cuaresma y ayudaba a vencer la timidez y las inhibiciones, lo que se traducía en la multiplicación de bromas pesadas y desmanes (*A Carnestoltes totes les bèsties van soltes*, se decía en Calaceite).

Así, era práctica habitual tizar o ensuciar con hollín, betún, sebo para carros, barro, ceniza o harina a todos los que se cruzaban por la calle (en Campo sigue teniendo vigencia esa costumbre, pero ahora se usa azulete). También se solía llamar a la puerta de las casas y golpear con

varas al que salía a abrir, arrojar huevos, podridos o llenos de esencias, según quien fuera el destinatario de los proyectiles, y empapar a la gente con agua procedente de cubos, botas o jeringas (*cheringas* o *chiringas*) hechas de caña y esparto.

Cuando había oportunidad, se entraba a las casas ajenas para robar comida o simplemente a revolver, cambiando de sitio los utensilios de cocina, los alimentos de la despensa, las ropas o los aperos de labranza, que, de vez en cuando, acababan esparcidos por las calles. Se escenificaban representaciones cómicas (simulaciones de partos, bodas, etc.) y se gastaban bromas macabras.

Sucesivas disposiciones legales intentaban evitar los alborotos, como así refleja un acta municipal de Daroca, de 1569: «En lo que el señor Justicia ha propuesto lo mucho que se ofende a Dios en los regocijos y fiestas que se suelen hazer el día o días de Carnestolendas y otras fiestas echando agua, coetes, vasuras, lodos y otras vellaquerías y desonestidades que enhazer y otras cosas malas y semejantes, y la proybición y veda de las armas y pistoletes y andar de noche en la sen(alada) y otras noches, todo el Consejo lo remite al Concejo para que se haga la ley que bien conviene». Pero estas tentativas de control solían ser vanas.

En los días de Carnaval, afloraban también conductas sexuales reprimidas que cristalizaban en numerosos actos obscenos o de exhibicionismo. En Sádaba o Tauste, por

ejemplo, las chicas eran invitadas a mirar por un agujero hecho en la lona de un carro en cuyo interior un mozo exhibía sus atributos. En Fraga, un hombre desnudo espartaba a los presentes al salir, cuando nadie lo esperaba, de una gran olla de barro que era paseada por las calles; la olla se rompía al finalizar la jornada.

El hábito de romper los utensilios de cerámica ya desportillados o mellados estaba, asimismo, muy extendido. En Mas de las Matas, el Jueves Lardero era también conocido como “Jueves Arcillero”, ya que el pueblo se sembraba de fragmentos de botijos y tinajas en mal estado que los niños destrozaban. Era también muy común el juego de “la olleta”, consistente en pasarse de uno a otro un recipiente de barro hasta que a alguien se le caía y quedaba hecho añicos.

Otro entretenimiento, exclusivo de estas festividades, era el perseguir con tallos de cáñamo encendidos los mozos a las mozas y viceversa, aprovechando que en ese momento del año se solía hilar en las casas y había abundante “armamento” preparado. Esa costumbre de intentar prender fuego a la pareja fue “regulada” en diferentes cantos, bailes y juegos de Carnaval conocidos en gran parte del territorio aragonés. En el Pirineo se escenificaba el “tiedo-tiedo”, conocido en distintas áreas de la provincia de Teruel por “o teido” o por “el baile del papelón”. Danzas similares se ejecutaban también en otras fiestas de



*El baile pone fin, cada jornada, a los festejos carnavalescos (Foto: J. A. Hernández)*

invierno, como sucedía en Ejea para San Antón con el “baile de la mona”, en el que un muchacho se movía con un periódico en la espalda, cogido con alfileres, mientras los restantes intentaban quemárselo.

Las fiestas alcanzaban su culminación con bailes multitudinarios en la plaza mayor o en locales habilitados para ese fin, amenizados por bandas o rondallas que, previamente, habían recorrido el pueblo acompañadas por pasacalles. En las poblaciones más grandes, esos pasacalles eran sustituidos por cabalgatas, con carrozas y comparsas convenientemente disfrazadas, a imitación de las celebraciones urbanas.



*Los pasacalles, que recorren toda la población, preceden a los bailes nocturnos en las fiestas de Carnaval (Foto: J. Rubio)*

## **EL MUNDO AL REVÉS: INVERSIÓN DE PAPELES Y ANONIMATO**

El clima de diversión incontrolada propio del Carnaval poseía unas características muy particulares que lo diferenciaban de otras festividades en las que también había risas, juegos, bailes y excesos gastronómicos. Uno de esos rasgos singulares estaba ligado al cambio que se producía en las habituales relaciones entre los miembros de la comu-

nidad. Mientras el Carnaval estaba vivo, quedaban invalidadas las reglas que regían el trato cotidiano: se anulaban las jerarquías sociales en vigor y se multiplicaban las transgresiones tendentes a invertir la realidad establecida. Las pautas de conducta variaban radicalmente, a la vez que desaparecían, de forma temporal, los protocolos y los principios de urbanidad o educación. Quienes normalmente no podían hacerlo, dejaban oír su voz, y los que no estaban en condiciones de tomar ninguna decisión importante asumían en ese momento el protagonismo.

Todo el mundo se integraba en los festejos pero, por lo general, eran los jóvenes quienes los preparaban y dirigían, a pesar de tratarse de un grupo de edad que, salvo en ocasiones excepcionales, carecía de poder económico o social y de ascendiente moral. En algunas poblaciones ese papel se reservaba a los quintos del año, a quienes se consentía todo durante unos días. En otras, los organizadores eran mayordomos o cofradías que contaban con el visto bueno de los demás vecinos.

Era asimismo muy frecuente la costumbre de proclamar una autoridad especial con “mando absoluto”, un “rey de la risa” que presidía las actividades y representaciones burlescas. Este personaje podía ser un muñeco —el mismo que era condenado y enterrado al finalizar la fiesta— o bien una persona real, elegida entre los propios jóvenes por su popularidad o por su habilidad en la ejecución de

algún juego. Entre los más difundidos figuraba el de “correr el gallo”, que también podía tener lugar en otras fechas señaladas. Consistía en descabezar de un golpe a un gallo que se colocaba enterrado hasta el cuello o colgando de una cuerda tendida en sentido transversal a la calle —origen de las piñatas, tradicionales en el primer domingo de Cuaresma—; al que lo lograba se le otorgaba el título honorífico de “rey de gallos” o “rey de pollos”.

La sensación de libertad e igualdad que daba vida al Carnaval se veía intensificada por el carácter pasajero de la celebración, así como por el anonimato de muchos de los que participaban en ella, que, de ese modo, podían expresarse sin temor y dejar aflorar sus deseos reprimidos. Para no ser reconocidos ocultaban el rostro, bien tiznándolo con hollín, harina, ceniza o incluso sangre —como ocurría, por ejemplo, en Allué si esos días había matacía—, bien cubriéndolo con trapos o máscaras. Como nadie sabía quiénes eran, los enmascarados —o “mascarutas”, nombre que se les da en Épila o La Almunia—, en grupo o de forma individual, modificaban su acostumbrado comportamiento, haciendo cosas inusuales o irracionales, y accedían a lugares en los que no solían ser bien recibidos.

Así, se entraba a beber y comer a casas de familias con las que había entablado algún conflicto o se iba al pueblo más cercano para gastar bromas —como hacían, entre sí, por ejemplo, los habitantes de Fornillos y Permisán—.

Lo importante era no ser reconocido. Para conseguirlo no se hablaba o, si se hacía, se impostaba la voz, de modo que resultara unas veces chillona y otras susurrante o cantarina.

Las máscaras se complementaban con variados disfraces que había que reformar o cambiar cada vez que alguien descubría a su portador. En su confección se solía utilizar lo que se tenía más a mano; los escasos recursos materiales obligaban a aguzar el ingenio. Los atuendos de Carnaval más habituales estaban hechos con telas de saco o con ropas viejas, pasadas de moda o rotas, y se adornaban con judías, cáscaras de huevo, pieles de patata, etc. Quienes los llevaban eran llamados “galuchos” o “goluchos” (Bielsa, donde tam-



*Las madamas, símbolo de pureza, lucen vestidos de un blanco inmaculado, profusamente ornamentados (Foto: J. A. Hernández)*

bién salen para San Antón), “muyéns” (San Juan de Plan, Gistaín), “zarrapastrosos” (Canal de Berdún), etc.

También era común jugar con la inversión de personalidades. Menudeaban los jóvenes vestidos de viejos o viejas, los patrones con ropas de criados y al contrario (como en Alcañiz) y, sobre todo, los hombres ataviados con prendas femeninas y viceversa. En Sos, por ejemplo, era frecuente que los muchachos se disfrazasen de abuelas o cantineras, y en Luesia y Sádaba de embarazadas, mientras que en



*La ocultación del rostro con trapos o máscaras impide conocer la identidad de la persona disfrazada (Foto: J. Rubio)*



*Sacos, ropas viejas, cartones y otros objetos de deshecho eran los elementos más comúnmente utilizados para la confección de los disfraces de Carnaval (Foto: J. A. Hernández)*

Castiliscar las chicas lo hacían de tratantes de ganado. En otras localidades de las Altas Cinco Villas, así como de la zona próxima al Moncayo, llevaban durante las fiestas calzón corto, lo que siempre era recibido con muestras de júbilo por parte de la población masculina.

La “confusión” de sexos se agudizaba en el curso de los entretenimientos que se organizaban. Así, Violant i Simorra cuenta cómo en la década de 1940, en Gistaín, el primer día de Carnaval los hombres se vestían de “muyéns”, extremando la ridiculidad de sus vestiduras, y las mujeres de



*El “militar” de San Juan de Plan al frente de los actos (Foto: J. A. Hernández)*

“madamas”, llenas de adornos y perifollos. En el baile, sin hablar, se invitaba a salir a la pista a la pareja golpeándola con un pañuelo. La primera pieza se bailaba con la cara tapada, pero luego todos se descubrían. Como parte del rito, los hombres danzaban con hombres y las mujeres con mujeres.

Esos trajes de madama que menciona Violant i Simorra eran, con distintas variantes, muy conocidos. No sólo se utilizaban en el Alto Aragón, sino también en La Litera (Esplús) y en las Cinco Villas (Longás, Pintano, Tiermas, Sigüés, Salvatierra). Llevados por chicas solteras, eran de



*El Higuí todavía divierte a los niños en Albalate del Arzobispo durante los días de Carnaval (Foto: J. Lou)*

un blanco inmaculado e iban muy recargados. Podían ser de falda corta o larga, siempre sobre varios pares de enaguas. En ocasiones, se remataban con pamelas de paja adornadas con cintas y flores.

Asimismo eran de uso corriente las vestimentas que parodiaban los uniformes de las autoridades civiles o eclesiásticas. Muestra de ello es el tradicional “melitar” de San Juan de Plan, que todavía interviene en los actos festivos, siguiéndolos atentamente para imponer el orden. “Curas” y “frailes”, por su parte, integraban el irreverente tribunal ante el que era conducido el pelele —en Bisaurri, durante

el franquismo, el párroco del pueblo intentó impedir esa pantomima y denunció a los jóvenes, que se vieron obligados a pagar una fuerte multa a escote— y oficiaban en su entierro y en esponsales fingidos.

Un personaje carnavalesco peculiar, del que se guarda memoria no sólo en muchos lugares de Aragón sino también en otras zonas de España —Pascual Madoz lo describe en su *Diccionario geográfico, estadístico e histórico de España* (1848), al narrar los carnavales madrileños—, es el Higuí, Tío Higueta o Figuero. Era una figura que recorría las calles invitando a los niños a alcanzar con la boca un higo seco que pendía de un palo o una caña mientras a su alrededor todos cantaban:

*Al Higuí, al Higuí,  
con la mano no,  
con la boca sí.*

Aunque, como se ha visto, existían numerosas coincidencias a la hora de disfrazarse en las distintas comarcas aragonesas, había también atuendos característicos de determinadas zonas, relacionados en muchos casos con los diversos medios naturales y de vida.

En las montañas pirenaicas, donde tenía su hábitat, el oso, que en esa época despertaba a la vida de su letargo, siempre estaba presente en los festejos. Un muchacho disfrazado de *onso*, conducido por un domador o gitano,

todavía interviene en los carnavales de Bielsa, y hay referencias de que también lo hacía, entre otros, en los de Villanúa, Yésero, Ansó, Tolva, Otal o Aquilué. Además de tomar parte en los pasacalles, la figura del oso se incluía en algunos bailes y en simbólicas cacerías nocturnas, iluminadas con antorchas.

En la misma zona, así como en parte del Prepirineo, abundaban también los personajes revestidos con pieles animales y cornamentas.

Un caso particular, en conexión con sociedades basadas principalmente en una economía pastoril, es el recogido en la localidad de Luzás, donde se recuerda la imagen de la “señora malvada”, que se paseaba a cuatro patas cubierta por una piel de cordero y grandes cuernos, con velas sobre los hombros.

A todos los citados se pueden añadir curiosos disfraces propios de una población o de una comarca específica. Entre los más pintorescos figuran aquéllos recubiertos por cáscaras de caracol (Orús, Baraguás) o por cabezas de sardina (Fórnoles), así como diversos diablos, hombres-planta y el “amontato” del Alto Aragón. Este último viste, de medio cuerpo para abajo, de mujer y de medio cuerpo para arriba, de hombre; lleva en el pecho un armazón en forma de vieja y unas perneras de pantalón llenas de paja, de modo que parece una anciana con una figura masculina sobre sus espaldas.

## Los personajes del Carnaval de Bielsa

El Carnaval de Bielsa es uno de los pocos que, en el marco de las sociedades agrícolas y ganaderas de montaña, ha podido conservar elementos de la fiesta de gran antigüedad, de los que ha llegado a hacer un signo de identidad cultural. Entre ellos destaca la presencia de varios personajes, algunos de los cuales también intervienen en otros carnavales pirenaicos, a ambos lados de la frontera hispano-francesa. Los más característicos son:



**Las trangas:** mozos vestidos con camisas y largas faldas, que se cubren la espalda y la cabeza con pieles de carnero (buco), coronadas por grandes cuernos. Sus caras van tiznadas de negro con una mezcla de hollín y aceite, y sus dientes, que resaltan, están hechos con trozos de patata. Detrás, sujetos a la cintura, llevan esquilas o cencerros que se mueven al andar, produciendo un ruido constante. Su nombre deriva de las largas varas de madera que portan (trangas o trancas), con las que golpean el suelo y amedrentan a niños y mujeres. Los antropólogos han puesto en relación su atavío y su comportamiento con ancestrales ritos de fertilidad.

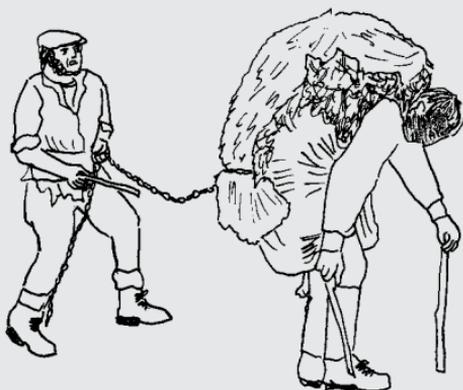
**Las madamas:** son chicas jóvenes que simbolizan la pureza. Lucen trajes muy elaborados en los que predominan el color blanco y las cintas de colores dispuestas en ondas, las puntillas y los bordados. Los vestidos se componen de medias, enaguas muy



almidonadas, una falda hasta la rodilla (tonelet) y un cuerpo con mangas de organdí muy ahuecadas. Las tranguas las van a buscar y bailan con ellas.

**El onso:** animal propio del Pirineo, el oso es representado por un muchacho cubierto parcialmente con un saco de rebasto (hierba seca) y la cara tiznada. Camina de forma pesada apoyándose en dos palos y se encuentra encadenado a un **domador o gitano**, que no

deja de golpearle el lomo con una vara. Con su despertar, tras haber estado sumido en un dilatado letargo, el oso encarna la contraposición que existe entre el invierno-muerte y la primavera-vida.



**El caballé:** es un hombre que aparenta ir a caballo, al colocarse en la cintura un armazón con una montura de madera o cestería. Presente en muchos carnavales europeos, ha sido asociado a creencias arcaicas que hacían del caballo un mediador con el mundo de ultratumba, capaz de conducir al más allá las almas de los difuntos.





**El amontato:** simula una anciana que lleva a cuestas una figura masculina. Su significado no está claro, pero algunos estudiosos ven en él al viejo año que se va y que soporta sobre sus espaldas al nuevo que llega.

**El garreta:** viste un traje confeccionado a base de pañuelos de seda con estampados de vivos colores, que se completa con una boina ornada con cintas, como el cuerpo de las madamas. Este disfraz puede ser llevado indistintamente por un chico o por una chica.



**La biedra:** figura cubierta por hojas de hiedra, que haría referencia al triunfo de la vida. Esta planta, muy longeva, estuvo consagrada al Dioniso griego, Baco para los romanos, que coronaban con ella a sus sacerdotes, y fue símbolo de inmortalidad en época antigua y durante la Edad Media.



## LA RENOVACIÓN DE LA NATURALEZA

Fiesta ubicada en un periodo de tránsito entre el invierno y la primavera, el Carnaval conservó durante siglos vestigios de ceremonias cuyo objetivo primordial era impulsar la renovación anual de la Naturaleza y, con ella, la fertilidad de campos y ganados, en el marco de una concepción cíclica del tiempo. El desgobierno y la confusión que reinaban durante los festejos resultaban, además, apropiados para celebrar ciertos rituales —en los mitos de muchas civilizaciones antiguas se exponía cómo el universo conocido surgía de un caos primigenio—, tendentes a asegurar el renacer de la vida.

Uno de esos “ritos propiciatorios”, comunes en los carnavales tradicionales aragoneses, era la recreación de las labores agrícolas. En el Bajo Aragón (Calaceite, Monroyo, etc.), los mozos imitaban por las calles la siembra de los campos —en Beceite se hacía el día de San Antón—. A quienes desempeñaban el papel de mulas o bueyes se les colocaba un yugo y un arado de madera, con los que parecían ir haciendo surcos. Junto a ellos, otros muchachos figuraban romper con azadas los terrones extraídos, de modo que quedara la “parcela” mejor preparada para la siembra.

Sucedía lo mismo en el Somontano oscense (Pozán de Vero) y en la Baja Ribagorza (Torres del Obispo), zona esta última en la que eran unos burros cubiertos con diferentes

ropajes los que debían “arar”. En las Altas Cinco Villas (Sádaba, Pintano, Uncastillo, etc.), dos jóvenes encarnaban a la pareja de mulas con sus aperos, mientras sus acompañantes, generalmente borrachos y con los pantalones bajados, esparcían ceniza como si fuera abono.

Esta representación no era privativa sólo de comarcas del llano, ya que también se realizaba en varios pueblos de montaña. Así, por ejemplo, en la Jacetania (Ansó, Aísa,



Aragüés del Puerto, Bailo, Jasa, Echo, Siresa), había quienes simulaban ir “sembrando” ceniza durante las jornadas de Carnaval, lo que aprovechaban para arrojarla a los transeúntes.

*Con su aspecto demoniaco, las “trangas” de Bielsa amedrentan a niños y chicas jóvenes (Foto: J. Alarcón)*

Algunos investigadores han vinculado también el comportamiento de determinados personajes carnavalescos, que persiguen a niños y chicas jóvenes para azotarlos, con ancestrales ceremonias ideadas en su origen para incrementar la fecundidad de rebaños y cosechas, así como para conseguir su preservación frente a alimañas, accidentes o inclemencias meteorológicas; el principal modelo sería el de las Lupercales romanas, celebradas hasta que el papa Gelasio I las prohibió en el año 496.

Entre estos personajes se incluyen los que se enmascaran, se cubren con pieles animales —en especial, de macho cabrío, por su fuerte carácter fertilizador— y se colocan cuernos en la cabeza. Quizá los más populares sean las “trangas” de Bielsa, antes también activas en otras poblaciones de la misma zona, como Sasa de Sobrepuerto o Torla. Llevan cencerros, que atruenan a su paso, y con sus largas varas golpean el suelo e intentan levantar las faldas de las chicas. En el Norte de las Cinco Villas salían figuras similares que recibían el nombre de “esquilones” (Salvatierra), “mascarones” (Lobera de Onsella) o “cuernazos” (Pintano), y en la ribera del río Martín se les llamaba “carazas”. En Sigüés, como caso curioso, eran niños los que se ennegrecían la cara y se colgaban al cuello esquilas y cimbales.

Una variante de estos personajes serían los disfrazados de toros o vacas —las vaquillas eran, muchas veces,

un espectáculo más de estas fiestas—, que también “encorrían” a chavales y mozas. Se sabe de su existencia, entre otros lugares, en Ansó (el llamado “O Toledo”), Codos y Agüero.

Junto a todos ellos, figuran otros “fustigadores”, que participaban en muchos carnavales tanto de Aragón como del resto de España, aunque también estaban presentes en procesiones como las del Corpus o Semana Santa, para hacer callar a quienes no guardaban silencio. Se les conoce con el término genérico de botargas, denominación que se les da, por ejemplo, en Cuevas de Almudén (donde salen para San Antón) e Hinojosa de Jarque (para San Sebastián), pero también estaban extendidos los nombres de cipoteros, cipotegatos, mazorrios, etc. Por lo general, vestían trajes de vivos colores y cubrían su rostro con máscaras o capuchas. Además de perseguir a niños y muchachas, que los provocaban con hirientes canciones e insultos, iban pidiendo por las casas dinero, comida y vino.

A este mismo grupo pueden adscribirse el “enliagau”, quien, provisto de aliagas, azotaba o pinchaba a los descuidados, y algunos “caballés” y “amontatos”, armados eventualmente con pequeños látigos.

Hay estudiosos que han asociado otras manifestaciones del Carnaval con el intento de conseguir el favor de las ánimas para promover la fecundidad. En relación con la expulsión de “espíritus malignos” se encontrarían las cen-



*El “enliagau” y el “ensabanau”, que azotan o asustan a los descuidados (Foto: J. Lou)*

cerradas y el incesante toque de cascabeles, cimbales, campanillas, etc. El ruido que producían serviría para alejar las influencias negativas, al igual que, según algunos antropólogos, el de tambores y matracas en Semana Santa.

En diversas localidades, las encerradas eran previas a las fiestas, como en Artieda o Pintano, donde comenzaban a sonar las esquilas quince días antes del Miércoles de Ceniza. En otras, por el contrario, acompañaban las colec-



*La botarga de Cuevas de Almodén  
(Fotos: J. Rubio)*

tas y diferentes momentos de las celebraciones. Ya apartadas de su función inicial, se integraron en el bullicio festivo y, en muchos sitios, terminaron por ser prohibidas para garantizar la tranquilidad de los vecinos.

Pero si las fuerzas perniciosas eran rechazadas a través del ruido, las consideradas benéficas y protectoras, ligadas a los antepasados, podían, por el contrario, vagar por el interior de las poblaciones para contribuir a su prosperidad. Ese contacto con el más allá tenía su reflejo en el gran número de figuras con atuendos relacionados con el mundo de los difuntos (“fantasmas”, “ensabanaus”, “amortajaus”, “as mortallas”, etc.). Todas ellas se dedicaban a asustar a los viandantes o a gastarles alguna pequeña broma, como hacían los “cobertores” de Uncastillo, que despeinaban al que cogían, o los “esquilaches” de Albalate de Cinca, que cortaban un mechón de pelo a todo el que caía en sus manos. No era raro, además, que portaran pequeñas esquilas o calabazas huecas con luces en su interior, como en Navardún.

## **LA PURIFICACIÓN COLECTIVA**

Durante los días que duraba el Carnaval, se producía un proceso de purificación colectiva que pretendía ayudar a la comunidad que lo celebraba a recibir convenientemente tanto la Cuaresma como el nuevo año productivo. Una parte importante de ese proceso se llevaba a cabo a través de



*La construcción del pelele es una de las ceremonias previas al inicio de las fiestas de Carnaval (Foto: J. A. Hernández)*

la figura del **pelele**, un muñeco de paja vestido con ropas viejas o ridículas y, a veces, provisto de hortalizas u otros materiales con los que se recreaban exageradamente sus órganos sexuales.

En la mayoría de las localidades aragonesas, las fiestas comenzaban con la construcción de este personaje. En ocasiones, se trataba de la caricatura de un vecino concreto que ese año se había distinguido por algún hecho o comportamiento negativo; en casos extraordinarios, desempeñaba su papel una persona real, como sucedía en Torla, donde un voluntario, caracterizado con una apariencia demoníaca, cometía incontables fechorías hasta ser deteni-

do, juzgado y condenado a muerte, sentencia que se llevaba a cabo de forma simbólica.

Este muñeco, que presidía casi todos los actos festivos, era designado con distintos nombres, generalmente “peiro-te”, “carnaval” y, en áreas limítrofes con Cataluña, “carnis-toltes” o “carnestoltes”. Sin embargo, se han recogido otras denominaciones, entre ellas “muyén” (San Juan de Plan), “Cornelio” (Bielsa), “Pedro” (Hoz de Jaca, Pueyo de Jaca,



*Los “martos” de Ariño  
(Marta, Marto y Martito),  
con sus órganos sexuales  
bien marcados  
(Foto del autor)*



*El pelele, montado en un burro al que se ha disfrazado con cuernos y otros complementos, acompaña a los jóvenes en sus correrías (Foto: J. A. Hernández)*

Panticosa), “Perico” (Canfranc), “Juan Gerunio” (Eriste), “Rey Burlas” (Sabiñánigo), “Cupido” (Buera), “Prin” (Colungo), “Tío Sopes” (Albelda), “Florentín” (Labata) o “Diputado Gutiérrez” (Estada), esta última como sátira de políticos y oligarcas. En determinados lugares había más de uno, como los “ninots” de Fraga y de Torrente de Cinca, los “monchones” de Sádaba o los “martos” de Ariño.

A menudo, el peirote acompañaba a los jóvenes en las cuestaciones y se le paseaba por todo el pueblo, bien a lomos de un burro (que solía ser robado, ir revestido de forma estrambótica e, incluso, embriagado) o bien sobre una escalera, sobre unas andas o en brazos de las chicas del lugar. También estaba extendida la costumbre de que permaneciese a la vista de todos, colgado en algún punto de la plaza mayor o del Ayuntamiento.

Durante su breve vida, el peirote era objeto de burla y escarnio por parte de los que se cruzaban con él. Los mozos que lo acompañaban urdían pantomimas a su costa o daban consejos jocosos a quienes se acercaban a verlo. A veces, en su interior se ocultaban odres de leche o de vino, con los que manchar o dar de beber a los curiosos. Al finalizar las fiestas era sometido a un juicio bufo, con abogados, fiscales, cura, etc.; acusado de borracho, glotón, vago y corruptor, resultaba invariablemente condenado. Su reinado terminaba con su ajusticiamiento, tras la hilarante lectura de sus últimas voluntades. Después de ser

manteado, arrastrado, golpeado y apedreado, lo más común era arrojarlo a la hoguera ante el entusiasmo generalizado de los asistentes, pero en algunos sitios se le fusilaba, lo sumergían en el río o en el lavadero, o se le hacía trizas con dinamita.

Su sacrificio servía para que con él se desvaneciesen los males que encarnaba. Chivo expiatorio y víctima propiciatoria, personificaba los “pecados”, defectos y padecimientos de toda la comunidad, a la que liberaba de los mismos con su desaparición. El fuego que lo consumía quemaba también, alegóricamente, el infecundo invierno y el año ya transcurrido —el mismo significado tienen las populares Fallas valencianas, que arden el 19 de marzo (San José), sólo unos días después, casi en el equinoccio de primavera—. Sus restos eran sepultados con gran pompa y alborozo, en una ceremonia que, según los lugares, podía celebrarse la noche del Martes de Carnaval, el Miércoles de Ceniza o el Domingo de Piñata.

En varios puntos de Aragón, el sepelio del muñeco se acompañaba o era sustituido por el llamado “entierro de la sardina”, con el que concluían los festejos. Una comitiva fúnebre portaba un ataúd con una sardina en su interior, o cruces y rastrillos de los que colgaban sardinas o arenques, mientras se “lloraba desconsoladamente” el fin de las fiestas. El cortejo finalizaba con el enterramiento del féretro o con su lanzamiento al río, antes de dar inicio a los



*La quema del pelele era celebrada con entusiasmo al finalizar las fiestas (Foto: J. Lou)*

últimos festines, que en el valle de Echo o poblaciones como Valderrobres consistían en grandes sardinadas.

En relación con la figura del peirote, se conserva en Alcobierre y Torres de Montes la fiesta de la “vieja remolona” o del “viejo remolón”, antes más extendida. El tercer miércoles de Cuaresma, los niños cargan con un muñeco vestido con ropa desechada mientras van pidiendo por las casas alimentos, que reúnen para una gran merienda. Según algunos investigadores, parece evidente la identificación de la “vieja” —que puede no ser destruida, sino



*La vieja Cuaresma, con un bacalao de vigilia, una parrilla para asar sardinas y tantos pies como semanas tiene este periodo litúrgico*

guardada para el año siguiente— con la Cuaresma, ya que así se la representa, y asocian dicha celebración con el deseo de que los sacrificios que impone este periodo litúrgico concluyan pronto.

Otra forma de rehabilitar periódicamente al conjunto de la sociedad era hacer públicos, en clave de humor, sus defectos mediante **sátiras**, **alusiones mordaces y chanzas** sobre lo ocurrido durante el año; expresión que, en la actualidad, tiene uno de sus máximos exponentes en España en las chiritas gaditanas. Murgas como las que todavía intervienen en Épila, moji-gangas (*mochigangas* o *bochigangas*) y particu-

lares se escudaban en la permisividad reinante en las fiestas para no dejar títere con cabeza. Con ingeniosos versos y canciones, hacían una recapitulación crítica de lo sucedido desde el último Carnaval y daban a conocer las anécdotas más divertidas.

A los comentarios chistosos sobre los vecinos, que veían cómo eran aireados sus vicios y faltas, se sumaban censuras a las autoridades, la puesta en evidencia de situaciones injustas y, ocasionalmente, insultos gratuitos a los viandantes. Con el mismo espíritu, las mozas que sobresalían por su altanería eran castigadas por los jóvenes desairados con enramadas difamatorias, al colocar en sus ventanas cuernos o cráneos de animales, en vez de las usuales ramas y flores, o rociar sus zaguanes con alguna sustancia maloliente.

Todo ello constituía un eficaz método de regeneración de la comunidad, que resultaba así purgada y saneada, y servía para reforzar tanto su cohesión como la conciencia de poseer una identidad colectiva.

## **EL CARNAVAL URBANO**

Entre el Carnaval celebrado en el mundo rural y el que se desarrollaba en las ciudades existían notables diferencias, derivadas de la distinta estructura social y económica de su población. Las comunidades rurales estaban, por lo general, más apegadas a las costumbres heredadas y se

mostraban reacias a incorporar novedades a los festejos. En los núcleos urbanos, por su parte, la dependencia de los ciclos estacionales era menor o, por lo menos, no tan directa, por lo que las tradiciones vinculadas a la renovación de la Naturaleza y las que buscaban el beneplácito de los poderes sobrenaturales para asegurar la vitalidad de cosechas y ganados se desdibujaron con rapidez. En muchos casos, esos rituales se vieron reducidos a meros divertimentos o a juegos infantiles y alguno de ellos acabó por desaparecer o por encontrar acomodo en otros momentos del año, como los grotescos Cabezudos zaragozanos, que persiguen a los niños en las fiestas del Pilar y que recuerdan a los fustigadores carnavalescos.

En Aragón, el máximo prototipo de Carnaval urbano fue el de Zaragoza, modelo a imitar por las restantes ciudades del Reino. Lo mismo que los carnavales rurales, era un periodo de desafueros previo a las penitencias cuaresmales, regido por el bullicio y la diversión. Solía comenzar el Jueves Lardero, con elegantes banquetes o con comidas campestres, en las afueras de la ciudad o en las riberas de los ríos, en las que los embutidos y la carne de cerdo o el ternasco constituían el alimento principal. Ese mismo día tenían lugar las primeras novilladas —febrero era, con mucha diferencia, el mes en que más espectáculos taurinos de este tipo se organizaban—, así como bailes, contradanzas y otros divertimentos, que se sucedían hasta el Miércoles de Ceniza.

Cuando los gobernantes lo permitían, proliferaban los disfraces y las bromas. Se colocaban monigotes a los viandantes sin que éstos se diesen cuenta o se les arrojaban huevos, agua, harina o ceniza, tal y como cuenta Enrique Cock, militar inglés al servicio de Felipe II que visitó la ciudad en 1585, en tiempo de Carnaval: «[...] van en máscaras por las calles diciendo coplas y cosas para reír, echando huevos llenos de agua de olores donde ven doncellas en las ventanas, porque ésta es la mayor inclinación de los desta tierra, que son muy deseosos de luxuria, y así quitándose el freno van estos tres días así caballeros como çiudadanos á caballo y á pie diciendo las coplas que saben donde piensan remediar sus coraçones del amor y aguardan el galardón de sus trabajos. La gente baxa, criados y moças de servicio, echan manojos de harina unos á otros en la cara cuando pasan».

Entre los muchachos más populares del Estudio General Pedro Cerbuna se elegía una autoridad festiva, el “Rey de gallos”. El Domingo Gordo o de Quincuagésima, así como el lunes y martes de Carnaval, atravesaban la ciudad cabalgatas con carros profusamente decorados y personajes burlescos en actitud provocativa, y se paseaba a un muñeco, el “carnaval”, que acababa siendo juzgado y ejecutado, aunque no recibía sepultura hasta el Domingo de Piñata. Ese día se le llevaba hasta los arrabales de la ciudad y, una vez hecha la lectura de su testamento, satírico y cómico, era enterrado como colofón de la fiesta.

Ésta, no obstante, tenía un apéndice en plena Cuaresma. El 25 de marzo, día de la Anunciación, era tradición “matar la vieja”. Los niños asistían a una procesión que atravesaba los barrios de San Pablo y El Portillo y a su paso iban pidiendo una gratificación. Si no la recibían, golpeaban con palos las puertas de quienes se la negaban. Esta costumbre guarda relación con la fiesta de “la vieja remolona” de algunos pueblos altoaragoneses y con manifestaciones parecidas que aún subsisten en Navarra, Cataluña y otras zonas de España y Portugal.

Durante el siglo XVIII llegó a Zaragoza la moda de los bailes de máscaras, que vivirían sus momentos de mayor esplendor a lo largo del XIX, ya plenamente aceptados por la aristocracia local y la naciente burguesía. Procedentes de Francia, donde habían causado furor en los salones de la alta sociedad, recogían personajes de los carnavales italianos, fundamentalmente de los de Roma y Venecia, así como de la denominada *Commedia dell'Arte*. A pesar de la inicial oposición de los monarcas, fue una costumbre que pronto asimiló la Corte madrileña, para, desde allí, extenderse a las principales ciudades del país. En Aragón, Zaragoza marcó el camino a seguir por Huesca, Teruel y las capitales comarcales, donde las elites económicas y políticas gustaban de “estar a la última”.

En los bailes de máscaras, cuya temporada solía ser bastante amplia (de Reyes a Cuaresma), la gente lucía antifa-



*Algunos asistentes a un baile de Carnaval en Cariñena, en la década de 1920 (Hemeroteca de Zaragoza)*

ces estereotipados y elegantes disfraces, hechos o comprados para la ocasión. Normalmente eran espectáculos de pago y los había de diferentes categorías en salas de fiestas y teatros, que rivalizaban entre sí por atraer a los clientes más ocurrentes o distinguidos —todavía hay quien recuerda la disputa que, antes de la Guerra Civil, enfrentaba anualmente a los socios de los casinos Mercantil y Principal—. Los de mayor reputación, con entradas a precios desorbitados, servían a las clases acomodadas para hacer ostentación de riqueza. En ellos había rifas benéficas y en los periódicos aparecían notas de sociedad confirmando la presencia de determinadas personalidades.

*Arlequín, uno de los  
principales  
personajes de la  
irreverente  
Commedia dell'Arte,  
cuyo atuendo y  
armamento  
recuerdan  
a los de varios  
azotadores del  
Carnaval aragonés*



La gran difusión de esta moda, común a toda Europa, trajo consigo la uniformación de la mayor parte de los carnavales urbanos. Así, tras asistir a un baile de máscaras en «un teatro de mediano tamaño, en el Coso», el escritor italiano Edmundo d'Amicis, de paso por Zaragoza en 1872, afirmaba: «Aparte de la lengua, no hubiera imaginado presenciar un baile en un teatro de España más que en uno de Italia: incluso me parecía ver las mismas caras».

Entre las clases populares, sin embargo, primó la celebración de un Carnaval más bullanguero e improvisado, en el que se mantenían las antiguas costumbres en mayor medida, y que tenía en las calles y en la Plaza de Toros sus escenarios más concurridos.

### ***La Boda de Villatonta***

En febrero de 1898, sólo unos meses antes de que se produjera el “Desastre” colonial, Zaragoza vivía con animación las fiestas del Carnaval. Numerosos bailes de máscaras tenían lugar en diferentes salas de espectáculos, así como en asociaciones culturales, benéficas o deportivas, a las que se unían las creadas expresamente para los festejos (*La Mascari-ta, La Mercantil, Besugo Club, La Incógnita, El Ruido*, etc.) y que, además de bailes, se encargaban de programar todo tipo de divertimentos.

Ese año, *El Ruido* preparó en la “playa” de Torrero una pantomima cómica que gozó de gran aceptación popular.

Con el dinero sobrante de la colecta hecha para socorrer a los soldados necesitados que luchaban en ultramar, organizó la que acabaría siendo una famosísima mascarada, *La Boda de Villatonta*:

“El Rufo” y “la Orosia”, vecinos de Villatonta, habían decidido, por fin, contraer matrimonio y para ello habían viajado hasta Zaragoza. A la capital llegaron acompañados por el cacique de su pueblo, que los apadrinaba, los suegros y varios mozos de su cuadrilla, que les seguían con mulos cargados con el ajuar y los enseres para la nueva casa de los novios.

Una muchedumbre les esperaba a la entrada de la ciudad. Todos los personajes lucían ricos trajes de la tierra y llevaban consigo sabrosos presentes para sus amigos de Zaragoza. La comitiva montaba espléndidas caballerías, lujosamente enjaezadas, y no paraba de arrojar a su paso peladillas y confetis. Tras la boda, dio comienzo el baile. Una comparsa de gaiteros y una banda de música alternó, apenas sin interrupción, rigodones y vales hasta altas horas de la noche.

Sólo unos días después, “la Orosia” dio a luz un hermoso niño —cabezudo él, según las crónicas—, cuyo bautizo fue celebrado con algarabía en la Plaza de Toros.





*Desde Italia, a través de Francia, llegaron a España los bailes de máscaras urbanos  
(La casa de juegos, de Longhi, segunda mitad del siglo XVIII)*

## **Una fiesta prohibida o encorsetada**

El tono crítico con las reglas establecidas por el poder, las sátiras a personajes vivos y situaciones de actualidad, y los excesos derivados de las habituales inhibiciones —en especial, en el terreno sexual—, junto con el anonimato de los participantes, fueron las causas que motivaron que el Carnaval, sobre todo a partir del siglo XVI, no fuese una fiesta del agrado ni de las autoridades civiles ni del clero, que intentaron reglamentarlo o suprimirlo (a pesar de ello, los canónigos de La Seo todavía intervenían disfrazados en los festejos a mediados del siglo XVII, de lo que se quejaba amargamente Baltasar Gracián).

Todos los años se sucedían parecidas prohibiciones, más o menos enfatizadas de acuerdo con las circunstancias políticas del momento y, generalmente, con escaso resultado. Cuando el Gobierno destacaba por su rigor absolutista, se incrementaba el celo en perseguir la celebración del Carnaval, y más concretamente algunas manifestaciones del mismo, como eran las sátiras y el enmascaramiento. Esa persecución, además, se centraba primordialmente en las ciudades, donde la presencia de grandes concentraciones de población “fuera de control” podía poner en “grave peligro” la estabilidad social.

En 1523, durante el reinado de Carlos I, ya se dictaron leyes para evitar que la gente se ocultase tras las caretas.

Las penas que se imponían a quienes las incumplían variaban de acuerdo con su condición social y se multiplicaban por dos cuando la falta se cometía por la noche. Si el infractor era de clase social baja debía ser azotado públicamente, mientras que si era miembro de la nobleza se le desterraba de la ciudad por un plazo de seis meses. Posteriores monarcas aprobaron normas similares, con el propósito de salvaguardar el orden e impedir la propagación de críticas a la Administración.

El primer Borbón en el trono de España, Felipe V, reiteró su postura contraria a las mascaradas, tanto en tiempo de Carnaval como fuera de él. Se decidió recompensar a los delatores y los castigos se fueron endureciendo: de las iniciales multas se pasó a imponer condenas de cárcel y hasta de galeras, cuando el imputado era plebeyo.

Aunque algunos soberanos se mostraron tolerantes, lo más común fue mantener una legislación represiva. En época de Fernando VII, estaban totalmente vedados los festejos callejeros en los núcleos urbanos si había presencia de enmascarados, por no ser conformes con «el genio y el recato de la Nación Española», pero podían tener lugar bailes de máscaras en recintos cerrados, siempre y cuando cumplieran determinadas condiciones.

Entre las disposiciones más ilustrativas que gobernadores civiles o alcaldes estipularon para que se observara «el

orden debido y propio de pueblos civilizados» durante el Carnaval figuran las siguientes, de 1821, dadas para el zaragozano Teatro Principal:

- *Se admitirán todas las personas con máscara ó sin ella, con tal que vayan decentes, y que los disfraces sean sin imitar trages de Magistrados, Religiosos, Órdenes Militares, ni Uniformes de los que están concedidos á determinadas clases; pero se prohíbe que nadie pueda llevar máscara puesta en la cara por las calles, no solamente de dia, sino tambien de noche [...].*
- *No se tolerará que se disfracen los hombres de mugeres, ni éstas de hombres [...].*
- *Será castigado sin contemplacion cualquiera sugeto que con máscara, ó sin ella ofenda á otro con discursos satíricos [...].*
- *Ninguno, sino el Estado mayor de la plaza y Ministros de justicia, podrá llevar armas de fuego ni blancas, sea de la calidad que fueren, ni tampoco baston, ni palo [...].*

Hasta que dio comienzo la Guerra Civil, en 1936, se mantuvieron las prevenciones por parte de la autoridad, aunque, según las épocas, pudieron verse atenuadas. Se siguieron persiguiendo las “ofensas” y los “atentados

contra la moral pública” pero se consintió que las máscaras volvieran a la calle a través de comparsas y desfiles, si bien sólo en el caso de que contasen con el pertinente permiso municipal.



*Participantes en uno de los concurridos bailes de máscaras que se celebraban en Zaragoza antes de la Guerra Civil (Foto: Heraldo de Aragón)*

## **El “boto” de La Almunia de Doña Godina**

Hasta que la dictadura franquista prohibió la celebración del Carnaval, tres manifestaciones particulares animaban las fiestas de La Almunia de Doña Godina: las “mascarutas”, la “murga” y el “boto”. Las dos primeras eran habituales también en otros pueblos aragoneses. Los disfraces de las “mascarutas” o enmascarados tenían la misma finalidad que los utilizados en aquellos lugares donde era usual festejar el Carnaval: ocultar la personalidad de quien los llevaba para que pudiera actuar con total libertad.

Asimismo, era común en esas fechas entonar “murgas” o cantinelas satíricas, en grupo y con el único acompañamiento de trompetillas hechas con cañas, mientras se llamaba a las puertas de los vecinos para pedir comida y vino.

El “boto”, sin embargo, era una tradición local desconocida en otras comarcas, aunque emparentada con las actividades, muy extendidas, de diferentes azotadores carnavalescos. Consistía en golpear a las muchachas jóvenes en la espalda o en el trasero con botos u odres de piel de cabra inflados. Los mozos aprovechaban la ocasión para golpear también el suelo, a los pies de sus “víctimas”, de modo que el movimiento del aire levantara sus sayas.

Los niños se divertían a su vez con “pequeños botos”, confeccionados con pieles de conejo, que empuñaban cuando corrían detrás de las chicas de su edad, que huían al verlos aparecer.

## EL CARNAVAL EN ARAGÓN HOY



**E**l Carnaval tradicional fue languideciendo poco a poco como consecuencia de los radicales cambios económicos, sociales y educativos que, a partir de comienzos del siglo XIX, fueron transformando todo el país. A ellos se sumó la progresiva laicización de la sociedad: los preceptos de la Cuaresma dejaron de ser seguidos a rajatabla y, por lo tanto, ya no se consideraba necesario “tomarse un desquite previo” al sacrificio que antaño habían supuesto.

Su decadencia, acelerada por la aparición de nuevas fiestas y espectáculos, era ya acusada en las primeras décadas del siglo XX, y así se reflejaba los diarios: «El Carnaval zaragozano se ha recluso este año en salas y salones de baile. Y de ahí no ha habido quien lo sacase a la calle siquiera para darse una vuelta y oxigenarse, que buena falta le hace al pobre para desprenderse de la polilla. El manoseado tópico de que el Carnaval está llevado a desaparecer, nunca con más razón que en las presentes Carnestolendas pudiera aplicarse» (*La Voz de Aragón*, 16 de febrero de 1926). La Guerra Civil y la prohibición impuesta por el régimen de Franco, en un país en el que el medio rural se despoblaba progresivamente, le dieron el casi definitivo golpe de gracia.

Pese a todo, en algunas localidades aragonesas donde su celebración fue considerada inofensiva por las autoridades, el Carnaval, despojado de gran parte de su carga crítica y expurgado de aquellos aspectos más incontrollables, siguió sirviendo de prólogo a la Cuaresma.

Con la llegada de la democracia, tras un dilatado periodo de hibernación, fue resucitado e incluso impulsado. Pero, alejado de su significación original, ha resurgido bien como un periodo festivo más, o bien con un interés fundamentalmente turístico o etnográfico, al calor del creciente interés por los fenómenos de tradición local y de la nueva valoración de la riqueza patrimonial, como fuente tanto de señas de identidad como de recursos económicos.

Allí donde se ha recuperado, poco tiene que ver con el de antaño; e incluso donde se mantuvo, ha sufrido una notable metamorfosis. En la sociedad actual, regulada por un calendario basado en necesidades laborales o escolares, las festividades se han desligado del ciclo estacional. Además, la “fiesta de la abundancia” se celebra en nuestros días durante todo el año. Las estanterías de los supermercados siempre están abarrotadas de todo tipo de productos del campo, sea invierno o verano.

Salvo excepciones, aquellos carnavales que conservan aún buena parte de sus rasgos tradicionales han terminado por convertirse en una atracción turística. De este modo, desvirtuados, ya no suponen una vivencia colectiva



*En nuestros días son los niños los que más disfrutan de las fiestas de Carnaval (Foto: Heraldo de Aragón)*

sino un espectáculo al que asisten forasteros curiosos que ni lo comprenden ni participan en él.

En muchos lugares el Carnaval ha pasado a ser una fiesta sólo para los niños, mientras que en otros, donde ha enraizado con fuerza tras la legalización, se imitan formas y modas foráneas que tienen su origen en los carnavales más conocidos internacionalmente: Río de Janeiro, Venecia, Niza, Colonia, Santa Cruz de Tenerife, etc.

Su tono se ha hecho más amable. La crítica y la desmesura, aunque todavía pueda verse alguna pancarta reivindicativa en las cabalgatas y tenga lugar algún concurso de murgas, se han diluido. La sensibilidad en nuestros días ha variado, sobre todo en las ciudades —correr el gallo o hacerle las mil y una barrabasadas al burro que lleva el pelele, como ocurría antes, se consideraría una barbaridad—, y hay una distinta relación con la Naturaleza, una diferente apreciación de los fenómenos naturales y de sus consecuencias.

Las fiestas de verano y las patronales —o la Cincomarzada zaragozana— han sustituido en importancia social a los carnavales, y los deportes de masas, en especial el fútbol, han pasado a constituir nuevas válvulas de escape y de refuerzo de la cohesión de la comunidad o de la conciencia de una identidad colectiva.

El ritmo de vida actual ha empujado, en los lugares que aún las conservan, a reducir las fiestas de Carnaval al sába-

do y domingo previos al inicio de la Cuaresma, con el objeto de que puedan participar en ellas quienes trabajan durante la semana y quienes no viven habitualmente en la población. Algunos núcleos del Pirineo (Bielsa, Plan, San Juan de Plan, Gistaín), en donde se mantienen tradiciones de un especial interés que atraen a numerosos turistas, se han organizado para que, entre los meses de febrero y



*En el actual Carnaval aragonés es habitual la imitación de modas y formas de renombrados Carnavales foráneos, como el de Venecia  
(Foto: Heraldo de Aragón)*

marzo, cada fin de semana se celebre el Carnaval en un pueblo distinto, cambiándose el orden de un año a otro.

La aguda desertización del campo aragonés ha dado lugar a fenómenos como el llamado “Carnaval itinerante” de La Fueva. Desde 1984, una comitiva de coches, en la que viajan los participantes y la orquestina, va visitando las localidades cercanas a ese municipio oscense: en una se come, en otra se toma el postre, en otra el café, en otra se merienda, en otra se hace el baile, etc., etc. Una fórmula distinta se adoptó en 1993 en la comarca del río Vero, donde diversos pueblos de la zona se pusieron de acuerdo para ser la sede de los actos, de forma rotatoria, cada año.



*En las fiestas de Carnaval sigue reinando la confusión de sexos, con hombres vestidos con prendas femeninas y viceversa (Foto: J. Lou)*

# BIBLIOGRAFÍA



- ADELL CASTÁN, J. A. y GARCÍA RODRÍGUEZ, C.: *Fiestas y tradiciones en el Alto Aragón. El Invierno*, Editorial Pirineo, Huesca, 1998.
- BAJÉN GARCÍA, L. M. y GROS HERRERO, M.: *La tradición oral en las Cinco Villas*, Diputación Provincial de Zaragoza, Zaragoza, 1994.
- La tradición oral en el Moncayo*, Prames, Zaragoza, 1998.
- BAJTIN, Mijail: *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, Barral Editores, Barcelona, 1974.
- BENITO MOLINER, M.: «El ciclo carnavalesco en el Pirineo Central», en *Anales del Museo del Pueblo Español*, t. III, Madrid, 1990, pp. 107-121.
- CARO BAROJA, Julio: *El Carnaval*, Taurus Ediciones, Madrid, 1986 (1ª ed. 1965).
- GONZÁLEZ SANZ, C., GRACIA PRADO, J. A. y LACASTA MAZA, A. J.: *La sombra del olvido. Tradición oral en el pie de sierra meridional de Guara*, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 1998.
- PALOMAR, S. y FONTS, M.: *La festa de Sant Antoni al Matarranya*, Associació Cultural del Matarranya Carrutxa, Teruel, 1993.
- PELLICER, José Alberto: *Bajo Aragón. Fiestas y tradiciones*, Editorial Certeza, Zaragoza, 1997.

- PRAT I CARÓS, Joan: «El Carnaval y sus rituales: algunas lecturas antropológicas», en *Temas de Antropología Aragonesa*, 4, Instituto Aragonés de Antropología, Huesca, 1993, pp. 278-295.
- ROMA RIU, Josefina: *Aragón y el Carnaval*, Guara Editorial, Zaragoza, 1980.
- SERRANO, Eliseo: *Tradiciones festivas zaragozanas*, Ayuntamiento de Zaragoza, Zaragoza, 1981.
- VIOLANT I SIMORRA, Ramón: *El Pirineo español. Vidas, usos, creencias y tradiciones de una cultura minoritaria que desaparece*, Editorial Alta Fulla, Barcelona, 1997 (1ª ed. 1949).
- VV. AA.: *España: Fiesta y rito. Fiestas de invierno*, Ediciones Merino, Madrid, 1994.
- VV. AA.: «San Antón en Cuevas», en *Gaiteros de Aragón*, nº 13, Zaragoza, 1999.



21. **Gaspar Sanz, el músico de Calanda** • Álvaro Zaldívar
22. **El retablo de la catedral de Huesca** • Equipo de Redacción Cai100
23. **El Ebro** • Amaranta Marcuello - José Ramón Marcuello
24. **Magdalena, Navarro, Mercadal** • Ascensión Hernández
25. **Los fósiles en Aragón** • Eladio Liñán
26. **El Real Zaragoza** • José Miguel Tafalla
27. **El reino de Saraquista** • M<sup>a</sup> José Cervera
28. **Gargallo, Condoy, Serrano** • Ángel Azpeitia
29. **Los vinos aragoneses** • Juan Cacho Palomar
30. **Ramón J. Sender** • José-Carlos Mainer
31. **Toreros aragoneses** • Ricardo Vázquez-Prada
32. **El folclore musical en Aragón** • Ángel Vergara
33. **El Canal Imperial de Aragón** • A. de las Casas - A. Vázquez
34. **Los castillos de Aragón** • Cristóbal Guitart
35. **La población aragonesa** • Severino Escolano
36. **La techumbre mudéjar de la Catedral de Teruel** • Gonzalo Borrás
37. **Los balnearios aragoneses** • Fernando Solsona
38. **Emprender en Aragón** • Benito López
39. **Francisco Pradilla. Un pintor de la Restauración** • Equipo de Redacción CAI100
40. **Obras hidráulicas en Aragón** • Carlos Blázquez y Tomás Sancho
41. **Las Órdenes Militares en Aragón** • Ana Mateo Palacios
42. **La moneda aragonesa** • Antonio Beltrán
43. **Los montes, patrimonio natural** • Ignacio Pérez-Soba
44. **Lucas Mallada y Joaquín Costa** • Eloy Fernández Clemente
45. **Los palacios aragoneses** • Carmen Gómez Urdáñez

46. **Realizadores aragoneses** • Agustín Sánchez Vidal
47. **El Moncayo** • Francisco Pellicer
48. **Las reinas de Aragón** • Concha García Castán
49. **Bíbilis Augusta** • Manuel Martín Bueno
50. **La Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País** •  
José F. Forniés Casals
51. **La flora de Aragón** • Pedro Montserrat
52. **El Carnaval** • Equipo de Redacción CAI100



53. **Arqueología industrial en Aragón** • J. Laborda, P. Biel y J. Jiménez
54. **Los godos en Aragón** • M<sup>a</sup> Victoria Escribano Paño
55. **Santiago Ramón y Cajal** • Santiago Ramón y Cajal Junquera
56. **El arte rupestre en Aragón** • M<sup>a</sup> Pilar Utrilla Miranda
57. **El ferrocarril en Aragón** • Santiago Parra de Mas
58. **La Semana Santa en Aragón** • Equipo de Redacción Cai100
59. **San Jorge** • Equipo de Redacción Cai100
60. **Los Sitios de Zaragoza** • Herminio Lafoz
61. **Los compositores aragoneses** • José Ignacio Palacios
62. **Los primeros cristianos** • Francisco Beltrán
63. **El Estatuto de Autonomía** • José Bermejo Vera
64. **Los Reyes de Aragón** • Domingo Buesa Conde
65. **Las catedrales aragonesas** • Equipo de Redacción Cai100